

española, se manifestó indignada por un pasquin que el día 15 apareció fijado en varios puntos de la capital de Méjico, conteniendo palabras ofensivas contra el emperador de los franceses. «Ayer,» decia *El Monitor Republicano* del 16 de Enero, «han amanecido fijados en varias esquinas de esta capital, unos pasquines en que se prodigan grandes injurias á Napoleon, emperador de los franceses. La autoridad los mandó arrancar, y se están practicando las averiguaciones oportunas para descubrir quiénes son los autores de esos anónimos.»

Estos hechos que parecen insignificantes, pero que no lo son en política, vierten una gran luz sobre la mala prevencion del gobierno de D. Benito Juarez respecto de las reclamaciones de España en un principio; reclamaciones que le hubiera sido fácil arreglar con honra para ambas naciones, evitando así que Inglaterra y Francia al verla prepararse para hacer por sí sola sus reclamaciones, la invitasen al plan que estas dos últimas habian concebido hacia tiempo. Pero para hacer odioso al partido conservador y plantear definitivamente las leyes de reforma, habia sido preciso atribuirle pactos secretos con España; convenios anti-patrióticos de establecer un gobierno sujeto á la política de la antigua metrópoli; y como ni á la Francia ni á la Inglaterra era dable atribuirles miras contrarias á las leyes de reforma, de ahí la necesidad, en política, de continuar las acusaciones contra la primera, tratando de separar á las dos segundas de la alianza con ella. Por eso aunque la expedicion francesa habia saltado á tierra, no hubo demostraciones populares en ninguna poblacion de la república contra los fran-

ceses como las habia habido contra los españoles, ni se dió orden á ningun francés de que saliese expulso de algun Estado, mientras lo fueron de Tampico todos los españoles.

1862.

Enero.

La capital de Méjico y el puerto de Veracruz estaban llenos de españoles que, abandonando sus intereses, se habian refugiado con sus familias á esas ciudades huyendo de algunos Estados, cuyos gobernadores, mirando como letra muerta la orden dada por Juarez para que protegiesen á los españoles radicados en el país, se descuidaban de cumplirla. En el Estado de Guerrero, muy particularmente, las autoridades progresistas, lejos de acatar la disposicion del gobierno general, parecian complacerse en las demostraciones amenazadoras de alguna parte del pueblo contra los peninsulares allí establecidos. Estos, temiendo escenas como las de San Vicente y Chiconcuaque, abandonaron sus haciendas, y aceptando las ofertas de proteccion que los jefes conservadores habian hecho á todos los extranjeros, segun la circular que el lector conoce de Zuloaga, se trasladaron al lugar en que tenia sus fuerzas el general conservador Don Juan Vicario. Todos los españoles diseminados por las haciendas de Tierra-caliente y por las cortas poblaciones, se refugiaron á donde estaba. Vicario les acogió con marcadas muestras de deferencia, les ofreció su proteccion y les acompañó hasta cerca de la capital, dejándoles ya en parte donde no corrian peligro ninguno. La salida de los españoles de aquellos Estados en que no se juzgaban seguros, dejó á innumerables brazos sin trabajo, con daño de millares de familias mejicanas que se quedaron sin ocupacion.

Los españoles extendidos por todo el vasto territorio de la república mejicana, entregados al comercio, á la agricultura y á otros importantes ramos, ascienden á diez mil, una gran parte de ellos casados con mejicanas. El capital que estos diez mil españoles representan, capital en activo giro siempre, siempre en circulacion continua, es de *ciento cincuenta millones de duros*.

El solo jornal repartido semanariamente á los trabajadores de unas cuantas haciendas colocadas en el radio de catorce leguas, en las cercanias de Cuernavaca, ascendia á *treinta y seis mil duros*. Pues bien, todos esos giros se paralizaron; todos esos capitales suspendieron su circulacion por imprudencia de unos cuantos gobernadores, con perjuicio del país entero.

En vano trataba la prensa liberal de atribuir los desórdenes de Puebla, de San Luis, de Tampico y las persecuciones del Sur, á la indignacion popular. No hay pueblo ninguno en el mundo mas benévolo ni menos insultante y provocativo que el mejicano. Preciso es hacerle justicia en este punto. Aquella sociedad jamás hiere á nadie: aquel pueblo, es un pueblo modelo de respeto hácia los extranjeros que en él viven, y los escándalos nunca son obra espontánea de él, sino producto de algunos falsos patriotas que, poniéndose al frente de unos cuantos ociosos, usurpan injustamente el nombre de pueblo. Si la presencia de las tropas expedicionarias hubiera argüido una provocacion de guerra nacional, una amenaza á la independencia, no hubiera habido un solo mejicano que no hubiese estallado en voces de amor patrio, aunque siempre respetando á los extranjeros indefensos; pero cuan-

do la sociedad, por las protestas de las tres potencias, se llegó á persuadir que solo se trataba de poner término á las revueltas políticas que habian devastado el país; de establecer con sólidos cimientos la paz por todos los pueblos anhelada, lejos de manifestarse indignada por su aparicion, la juzgó como el término de sus males.

1862
Enero. Que todos veian en la generalidad de los habitantes de aquel país, una esperanza de remedio al malestar que aniquilaba á la patria, se desprende de todas las correspondencias enviadas de Méjico en aquella época, y publicadas por la prensa europea. No me detendré á analizar si las apreciaciones que en esas correspondencias se hacian eran todas exactas; pero si daré á conocer algunos párrafos de ellas, para que el lector conozca el juicio que se habian formado del espíritu que creian animaba á la mayoría de la sociedad. «Me pide V. que le diga con ingenuidad,» decia una de ellas enviada el 28 de Enero al director de *El Eco Hispano-Americano*, «la verdadera opinion de la gente que forma el núcleo de esta república, y voy á hacerlo con la franqueza de aquel á quien acompaña la conviccion de conocer profundamente la sociedad que ha frecuentado y estudiado por muchos años. La opinion de la parte sensata, verdaderamente ilustrada, pudiente, propietaria, trabajadora, honrada y de arraigo; de aquella en fin que tiene peso y prestigio en la opinion de la clase morigerada, que no medra con las revoluciones y el desórden, es liberal, en el sentido genuino de esta palabra; en el círculo de la justicia que respeta todos los fueros de la legalidad, y que, aunque tolerante, está convencida de que á Méjico no

le conviene otra religion que la católica, sin tolerancia de otra alguna.

»Y no crea V. que esta idea se concreta únicamente á la sociedad bien acomodada, no señor; esta idea es de todas las familias, de todos los individuos, desde el mas pobre al mas rico, desde el mas miserable pueblo de indios hasta la mas populosa ciudad, distinguiéndose muy particularmente las señoras, en cuyos corazones está arraigada profundamente la creencia católica, que hoy creen salvada con la llegada de los españoles, á quienes esperan con la impaciencia que los judíos al Mesías. Si, pues, la Europa no defrauda estas esperanzas; si la España influye, en que el culto católico sea el único que impere en el país; si se plantea un gobierno que dé garantías á los individuos y á la propiedad, Méjico llegará á ser una de las primeras naciones del mundo, y España, á la vez que recibirá las bendiciones de los habitantes de este continente, adquirirá una influencia moral que nunca tal vez se ha imaginado. Cualquiera otra cosa que se intentase con respeto á religion, se veria con desagrado, con repugnancia, y hasta con ódio; porque permitir aquí la libertad de cultos, no daría otro resultado que el de arrastrar á las dos terceras partes de la poblacion, que es india, á la idolatría y á la barbarie, introducir la guerra religiosa en el seno de las familias acomodadas, y sembrar el desconsuelo y la afliccion entre los que hoy miran á nuestra patria como la madre cariñosa que se acerca á curar sus heridas y enjugar sus lágrimas. Y tan es cierto que sería un escollo insuperable en que tropezaria la intervencion, la tolerancia de cultos,

que la causa única de que no se haya consolidado el gobierno de Juarez, es el haber chocado con las convicciones de conciencia de la inmensa mayoría de la nacion. El país estaba tan ávido de paz, que hubiera admitido cualquier sistema, con tal que hubieran respetado lo mas caro para él, sus creencias religiosas. Pagnar, pues, con estas, sería esterilizar los saludables efectos que se esperan de la intervencion. Para echar los cimientos de un gobierno á quien se respete y se le mire con cariño en esta nacion, es preciso, imprescindible, que se tome por base la religion católica; querer contemporizar con los pocos de ideas contrarias, equivaldria á enagenarse las simpatías de las nueve décimas partes de la república. ¿Qué estraño es, pues, que en medio del regocijo con que es recibida la intervencion por todas las personas que anhelan el bien de la patria, se dejasen ver algunas señales de temor, al ver al frente del ejército expedicionario, á un jefe progresista? Y estos temores han tomado formas verosímiles para algunos, desde la llegada de los porta-pliegos enviados por el general Prim desde Veracruz al gobierno de Juarez en esta capital.

»El único que hasta ahora ha hecho justicia á los españoles residentes en ésta, ha sido el que tuvo oportunidad de conocer su laboriosidad, su moderacion, su juicio y su honradez: los que no han tenido tal ocasion, no han hecho otra cosa que ser el eco de algunos periódicos exaltados de Méjico que tenían un interés marcado en presentarnos como díscolos y revolucionarios. ¡Revolucionarios las últimas cuatro víctimas de San Vicente, D. Agustin Ahedo, D. Carlos Noriega, Bruno Zavalgoitia y D. Vicente Monge, dependientes pa-

cíficos de la hacienda de aquel nombre, casado y con dos hijos de tierna edad el último, y asesinados aquellos con la mayor infamia! ¡Revolucionarios los inocentes comerciantes encohetados y colgados inhumanamente cerca de las puertas de esta ciudad, sin que se castigase á los autores de tan incalificable delito! ¡Revolucionarios los honradísimos administradores y dependientes de las haciendas próximas á Cuernavaca, que en vez de lanzarse á la revolucion para garantizar sus vidas y salvarse, han preferido refugiarse á esta capital, abandonando sus intereses, adquiridos á fuerza de constancia, de privaciones y de inauditos afanes! No, señor, no; si el espíritu de revolucion dominara en el corazón de los españoles que han venido á labrar su porvenir con su trabajo, y se dejasen llevar del sentimiento natural que despierta la injusta persecucion, los ultrajes diarios y las ofensas continuas de gratuitos enemigos, no quedaria ya uno que no se hubiese lanzado á la revolucion, siquiera fuese por encontrar en las filas de la reaccion el aprecio y el respeto que es debido á todo hombre honrado. ¿Y ha sucedido esto, á pesar de la guerra declarada á nosotros por algunos jefes del partido puro? Conteste por mí la insignificante lista de españoles que han figurado en el partido reaccionario, de los cuales, la mayor parte, abrazaron aquella causa como garantía de su vida. José María Cobos por haberle saqueado los liberalistas su tienda en un pueblecito cerca de Puebla; Marcelino R. Cobos, por haberle incendiado un *rancho* (hacienda pequeña) que tenia; Luis Larrauri, hombre acomodado y con familia, á quien varias veces pusieron de rodillas para fusilarle, y

que por último abandonó sus intereses para defenderse de los que le perseguian sin otro delito que el de ser español; Casimiro Aceval, Isidro Lavin, Lorenzo Bach, Lindoro Cajigas, José Alonso, Felipe Castañeda, Antonio Pardo, José Gorvea, Antonio Ibarguren, José Olavaria, Baltasar Blasco, Francisco Ceballos, Domingo Cajin, Juan R. Rubio, José María Martínez, Juan Fernandez, Manuel Gomez, Pedro Gavito, Pedro Gonzalez, Manuel Mantecon, N. Capdevita, Antonio S. Cano, José María Gil, Florentino Lopez y Juan Anguera: por todo veintiocho individuos que han tomado parte en el partido que les daba garantías, y número insignificante para diez mil españoles que hay repartidos por toda la república.

»Pero aun cuando no concurrieran las circunstancias de persecucion, insultos y perjuicios, ¿podria decirse con justicia, porque veintiocho españoles, entre diez mil que cuenta la república, tomaban las armas por la reaccion, podria decirse, repito, que los peninsulares protegian al partido reaccionario? ¿Cómo es que los mismos que nos acusan, valiéndose del pretexto de que defendemos las ideas retrógadas, no nos aplauden y nos elogian por los españoles que militan en sus banderas, y que son en mayor número que los afiliados en las de los conservadores? ¿Por qué? Porque el partido conservador nos aprecia, aunque vea en el bando opuesto muchos de nuestros compatriotas, y no hace mencion de ellos, siquiera sea por consideracion á los que han tomado las armas en defensa de sus principios. De aquí el que en Europa se conozcan los nombres de los españoles comprometidos en la reac-

cion, achacándonos á todos ideas retrógradas, y se desconozca los de los que figuran en el bando liberal. La lista siguiente es la mejor prueba que puedo presentar de la verdad de lo que llevo dicho. He aquí los nombres de los españoles afiliados en el partido puro, y que, sin expresar la nacion á que pertenecen, ha elogiado mil veces la prensa progresista. Don Nicolás Régules, general; Joaquín Garma, idem; Enrique Ampudia, de igual graduacion; Lorenzo García Rebollo, comandante de escuadron; Emilio Rey, coronel de caballeria; N. Bravo, idem, muerto en Guadalajara; Juan Diaz de las Cuevas, José Antonio Quiroga, Carreras, Telesforo Tuñón Cañedo, José Gutierrez, Francisco Villa, Ramon Echevarría, Manuel Conde, Don Aurelio Anguera, Rufino Lavin, Liborio Estébanes y un hermano suyo, Leopoldo Escalante, Agustin Gordillo, Lastra, Noriega, Joaquín Fandiño, Francisco

1862. Abascal, Juan Abascal, Francisco Ibarro-
Enero. la, Francisco Gutierrez, Lorenzo García,

Rueda, Alberto Santafé, Lazo, Francisco Fernandez Pellisser y otro hermano suyo, Emilio Palafós, Mora, Angel Oyarzábal, Francisco Jimenez, Bravo, Donaciano Cano, N. Concha, Meliton Larrañeta, Martin Posada, Manuel Gutierrez, Bringas, Antonio Perez, Luis Ruiz, Tomás Pando, Francisco Castillo, Picaza, N. Perez Hernandez, José Mora, García de la Huerta, Ramon Evia, García Padilla y otros muchos de que no quiero hacer mencion por no alargar mas esta carta.

»Aquí tenemos ya un número doble del que figura en los reaccionarios, aunque con una circunstancia muy favorable en pro de los que se han adherido al partido conservador, cual es el de verse casi empujados á tomar

las armas como garantía de la vida, mientras los que se han afiliado al bando liberal, no pueden alegar esa necesidad imperiosa. Sin embargo, la opinion de la prensa europea, extraviada por el clamoreo de la *liberal* de aquí contra nosotros, nos ha acusado de serviles, de imprudentes, de absolutistas, y hasta de afectos á la inquisicion. Llevada de este error, y creyendo de buena fé que cada español de los que aquí estamos era en ideas otro Czar de las Rusias, nos ha amonestado para que nos liberalicemos, cuando no hay un solo que no sea liberal, pero liberal de órden, como los son los mejicanos acusados de reaccionarios por sus enemigos, porque anhelan que la nacion vuelva al carril de la moralidad de que la han sacado las revoluciones; de *retrógados*, porque no admiten la licencia; de *can-grejos*, porque no traspasan los límites de la justicia; y de *clericales*, porque respetan la religion que heredaron de sus mayores y no abrazan el indiferentismo ó la impiedad. Si somos los españoles residentes en América reaccionarios por simpatía, es porque el partido reaccionario nos da garantías que nos quita el otro.

»¿Qué ha sucedido sino en Tampico y en San Luis con los españoles radicados en ambos puntos, en los mismos dias en que el gobierno de Juarez y la prensa liberal recomendaban á los gobernadores de los Estados, que nadie nos ofendiese ni se mezclase con nosotros, para dar, como decian, una prueba á la Europa entera, que los acusaba de incivilizados, de que el partido rojo sabia respetar el derecho de gentes? Que los radicados en la primera ciudad, en número de ciento cuarenta y cinco, salieron expulsos del país, y se dirigieron á Veracruz, en donde